557

EL MUSEO,

ADMINISTRACION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡POR UNA BOTA!

HUMORADA CÓMICA

EN UN ACTO Y EN VERSO ORIGINAL

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

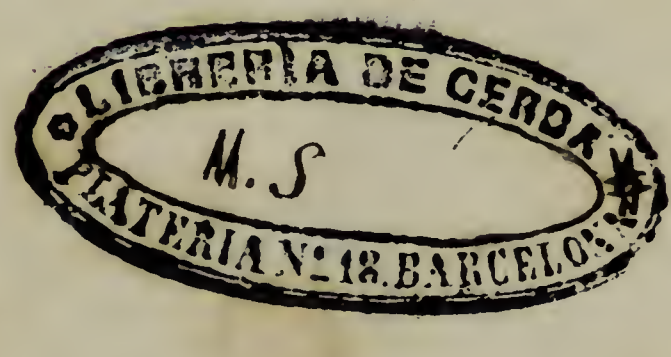
Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe en el mes de Octubre de 1866.

Saltinera

MADRID.
IMPRENTA DE R. LABAJOS,
calle de la Cabeza, núm. 27.

1866.

¡POR UNA BOTA!



638:15

¡POR UNA BOTA!

HUMORADA CÓMICA

EN UN ACTO Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Príncipe en el mes de Octubre de 1866.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA.....	STA. BOLDUN (D.ª E.).
BLANCA.....	RIQUELME.
ADELA.....	MUÑOZ.
ROSA.....	SERRANO.
EDUARDO.....	SR. ZAMORA (D. A.).

La accion en Madrid. Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de D. Francisco Rubio, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

A. ZAMORA,

Zamora.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, á poco EDUARDO.

ROSA. Ya está la sala arreglada;
(Se oye una campanilla.)
¿Llaman? Abrirá Manuel,
pues yo no puedo ocuparme
de todo lo que hay que hacer.
(Vuelve á sonar la campanilla.)
¡Y traen prisa por lo visto!
(Vuelve á sonar la campanilla.)
¿Otra? Voy á ver quién es.
(Va á salir á tiempo que entra Eduardo.)
EDUAR. Muy buenos dias, muchacha.
ROSA. Muy buenos los tenga usted.
(Pues no le he visto en mi vida.)
EDUAR. (Enseñándole un duro.)
¿Ves esto?
ROSA. Sí señor, es...
EDUAR. Un duro como una perla.
ROSA. Y ¿qué tenemos que ver?
EDUAR. Tú no tienes que ver nada.

ROSA. ¿No?
EDUAR. Te lo guardas y amen.
(Le da la moneda.)
ROSA. Muchas gracias, señorito.
(¡Qué guapo y qué amable es!)
EDUAR. Al darte yo esa moneda,
como puedes suponer,
llevaba una mira oculta...
ROSA. ¿Oculta? Explíquese usted.
EDUAR. Quiero ver á tu señora.
ROSA. ¿Á cuál de ellas?
EDUAR. Á las tres,
conque pásales recado.
ROSA. Está muy bien, les diré
que don... don... ¿cómo es su gracia?
EDUAR. Yo no tengo gracia.
ROSA. Bien,
pero tendrá usted un nombre.
EDUAR. Sí.
ROSA. ¿Cómo se llama usted?
EDUAR. Á tí no te importa, avisa
que á tus amas quiere ver
un jóven guapo, elegante,
rico y soltero.
ROSA. Muy bien.
EDUAR. Y ya estás aquí de vuelta.
ROSA. Voy á complacer á usted.
(Váse por la derecha.)

ESCENA II.

EDUARDO solo.

Eduardo, vamos á cuentas.
¿Qué papel vienes á hacer
en esta casa? El del oso,
que á decir verdad, no es
un papel muy divertido
aunque sea un gran papel.
¿Quién me hubiera dicho á mí
hace dos años ó tres
que habia al fin de aburrirme,

no tener nada que hacer?
De la clase de novenos
el auxiliar diez y seis,
del ministerio de Gracia
y de Justicia á la vez,
me vi agraciado de pronto
el año sesenta y tres:
con la muerte de una tia,
que Dios tenga en gloria, amen,
ya que me dejó en la gloria
con sus rentas que heredé.
Dejé pronto mi destino,
que era un destino cruel,
y me lancé por el mundo
en busca de una mujer;
mas como eso de encontrarla
es asunto de interés,
en que donde no se piensa
suele un desperfecto haber,
me dije: vamos con tiento,
y antes de echar el entrés,
mira de qué pie cogea
la que elijas por mujer.
Pero á fuerza de mirar
si cojean ó andan bien,
sucede que de tal modo
me he aficionado á los pies,
que ya, para mí, la base
constituye la mujer.
Hoy vengo á que me haga botas
un maestro parisien,
que me roba en español
aunque me calza en francés.
Sobre el mostrador encuentro
un pie... ¡digo! no era un pie,
era la bota mas mona
que jamás calzó mujer.
—Maestro, yo necesito
saber pronto de quién es
esa bota.—De su dueña.
—Pues eso quiero saber;
¿quién es su dueña?—Ahí enfrente

vive, mas no sé quién es.
—Yo quiero ese pie, maestro.
—¿Y á mí qué me cuenta usted?
—Véndame usted esa bota
ó le sacudo un revés.
—Tengo que entregar el par.
—Haga usted otra.—La haré
si usté paga mi trabajo
y su capricho.—Está bien,
¿cuánto vale?—Cuatro duros.
—¿Cuatro? tómelos usted.
¿Qué piso vive esa diosa?
—El segundo.—Hasta mas ver.—
Y aquí llego jadeante
de cansancio y de interés,
por conocer á la dueña
de este inverosímil pie;
(Saca una bota de señora.)
quiero decir de esta bota
que iba su cárcel á ser.
Aunque en mi vida la he visto
ni tan siquiera una vez,
adoro á la propietaria
de este escrúpulo de pie;
y juro sobre su bota,
que aunque sea un Lucifer,
si me quiere nos casamos
antes de que pase un mes;
si no me quiere la mato,
luego me ahorcan, y amen.
(Guarda la bota en el bolsillo del pecho.)

ESCENA III.

AURORA, BLANCA, ADELA, EDUARDO.

EDUAR. Estoy á los pies de ustedes...
AURORA. ¡Caballero!...
EDUAR. Con franqueza,
tomen ustedes asiento.
ADELA. Muchas gracias. (Se sientan todos.)
EDUAR. Yo quisiera

que si las tres son ustedes
tan amables como bellas,
me otorgasen la merced...

AURORA. Perdone usté que le advierta
que aun no sabemos su nombre,
y exigen las conveniencias
que nos diga usted quién es
antes de entrar en materia.

EDUAR. Tiene usted razon, señora;
confieso que fuí un babieca,
en no empezar por decirlas
la seña y la contraseña
con que me distingue el mundo
del resto de mis colegas;
quiero decir, de los hombres.

BLANCA. Está de mas la advertencia.

EDUAR. Cierto, pues yo tengo un nombre
lo mismo que otro cualquiera;
me llamo Eduardo Acuña
y Fernandez de Llerena.

ADELA. ¿Acuña?

EDUAR. Soy de la rama,
segun decia mi abuelo,
de aquel obispo famoso,
que armó la marimorena
que los nobles comuneros
pagaron con sus cabezas.

AURORA. Confieso á usté, señor mio,
que esa historia es muy amena,
pero que tiene el defecto...

EDUAR. ¿De que á usted no le interesa?
Lo comprendo. Á mí tampoco.

BLANCA. (Á Adela.) (¿Qué modo de hablar, Adela.)

ADELA. (Á Blanca.) (Yo ya me voy mareando.)

AURORA. Pero usté empieza ó no empieza
á decirnos el objeto
de su visita.

EDUAR. Quisiera
enterar antes á ustedes
de mi condicion y prendas.

AURORA. Pues ruego á usted que el relato
breve y compendioso sea.

porque esta situacion
va haciéndose violenta.

EDUAR. Procuraré contener,
si me es posible, la lengua,
y seré lo mas conciso
que pueda. Nací en Valencia...

BLANCA. Tomada desde tan lejos
la historia va á ser eterna.

EDUAR. Y si ustedes me interrumpen
á cada palabra, crean
que no se va á concluir
ni en tres semanas y media.
Pues señor, yo soy un jóven
que tengo buena presencia.

ADELA. ¡Es claro! Salta á la vista.

EDUAR. Usted entiende de estética.
Tengo treinta años, y tengo
ocho mil duros de renta,
tengo una familia ilustre,
no tengo vicios ni deudas,
tengo bastante instruccion
y una educacion perfecta.
No tengo padre ni madre.

AURORA. Y por lo visto ni abuela.

EDUAR. Tampoco.

AURORA. Pues no hace falta.

EDUAR. Veo que es usted chancera.

AURORA. Y usted modesto.

EDUAR. Señora,
he observado con frecuencia
que la modestia de algunos
es la máscara discreta
que no siempre bien encubre
el rostro de la soberbia.

BLANCA. (Á Adela.) (Pues no le falta talento.)

ADELA. (Á Blanca.) (Tampoco le falta lengua.)

AURORA. Pero... podremos saber,
dejando esas bagatelas,
á qué debemos la honra
de esta visita que empieza,
á hacerse ya, caballero,
un sí es no es indiscreta.

EDUAR. Sí tal, yo las amo á ustedes.
AURORA. ¡Señor mio! (Todos se levantan.)
EDUAR. ¡Quietas! ¡quietas!
AURORA. Me parece que esa broma
no es digna de quien se precia
de cumplido caballero.
EDUAR. Señora, yo hablo de veras.
Amo á ustedes, es decir,
no á las tres, porque eso fuera
portarme aquí como un turco
y soy un cristiano en regla.
Amo á la que de esta bota (La saca.)
pueda proclamarse dueña,
conque á ver quién es de ustedes
la que calzársela pueda.
ADELA. Señor de Acuña...
EDUAR. ¡Señora!
ADELA. Bueno será que le advierta
que soy casada, y no puedo,
y aun pudiendo no quisiera
dar oidos por mas tiempo
á tales impertinencias.
EDUAR. ¿Casada usted?
ADELA. Sí señor.
EDUAR. Bueno, y aunque usted lo sea
¿á mí, qué? Como la bota
fuera de usté...
ADELA. Aunque lo fuera.
EDUAR. Yo buscaria á su esposo;
¿dónde está ese hombre?
AURORA. Cerca.
EDUAR. ¿No está en Madrid?
ADELA. No señor,
está en Matanzas.
AURORA. América.
EDUAR. Señora, sé geografia,
fuí cuatro años á la escuela,
y ademas soy hachiller
en filosofia y letras.
¿Conque está ese caballero
de su esposa á dos mil leguas?
Es imposible que usted

le ame, pues en su ausencia
en lugar de vestir luto
viste usted galas y sedas.

AURORA. Hombre; ¿y á usted qué le importa?

EDUAR. ¿Á mí? Nada.

AURORA. Esa es la puerta.
(Señalando la del foro.)

EDUAR. Lo sé, puesto que á esta sala
entré hace poco por ella,
pero no pienso marcharme
sin saber, y con certeza,
quién de ustedes puede ser
propietaria de esta prenda.

ADELA. Beso á usted la mano. (Váse por la derecha.)

AURORA. Blanca,
vete adentro con Adela. (Váse Blanca.)

EDUAR. Estoy á los pies de ustedes,
mas no abandono mi empresa.

ESCENA IV.

AURORA, EDUARDO.

EDUAR. Usted por lo que se ve
es el venturoso dueño
del pie mas mono y pequeño
que yo he conocido en pie.
Si esto es así, señorita,
no son livianos antojos,
yo me taparé los ojos,
póngase usté la botita,
y juro que antes de un mes
y en la presencia de Dios,
hemos de ser ya los dos
propietarios de sus pies.

AURORA. Está usted en un error
de que salir le conviene.

EDUAR. ¿Es decir que usted no tiene
este piececito? ¡Horror!
Mas ¿para qué se ha quedado
en esta sala?

AURORA. Á mí ver,

para hacerle comprender
que está usted equivocado.

EDUAR. ¿Me quiere usted explicar?...

AURORA. Usté sin duda ha querido
la patente de atrevido
á nuestra costa ganar.
Quizá ofreció en el café
descansar de otros placeres
insultando á tres mujeres,
y lo ha conseguido usté.
Si hay apuesta está ganada,
puedo servir de testigo.

EDUAR. Señora, á probar me obligo
que está usted equivocada.

AURORA. De impertinentes sandeces
basta ya.

EDUAR. Bueno es que advierta...

AURORA. Señor mio, esa es la puerta.

EDUAR. Me lo ha dicho usté dos veces:
mas no me muevo de aquí
sin probar, *señora mia*,
que tan ruin villania
no puede caber en mí.
Me imputa usted una ofensa
y me despide y *laus deo*,
mas no se condena á un reo
sin escuchar su defensa.

AURORA. Yo no le condeno á usté,
le perdono.

EDUAR. Es nuevo insulto
eso de dar un indulto
al que no tiene por qué.
Me ha tratado usted á mí
como... no sé decir cómo,
y á no tener tanto aplomo
quedara muy mal aquí,
pero me oirá y tres mas
y sabrá usté en adelante
que yo seré extravagante,
pero villano jamás.

AURORA. Puede usted hablar sin miedo
y siento haberme engañado;

pero le ruego...

EDUAR. Enterado,
hablaré poco, si puedo.
No me iré por esos trigos
puesto que á oirme accedió,
si al fin y al cabo usté y yo
hemos de quedar amigos.
Busco un pie como usté ve
y lo busco con empeño
porque en viendo un pie pequeño
ya me tiene usté en un pie.

AURORA. ¡Qué extravagancia!

EDUAR. No tanto,
que hay sentencia castellana
que dice: «por la peana
se debe adorar al santo.»
Vi esta bota y no hubo mas,
al verla me enamoré,
vine y pregunté, rogué...
ya sabe usted lo demas.

AURORA. Pues de esa bota tan bella
está usted enamorado,
con comprarla...

EDUAR. La he comprado.

AURORA. Pues cásese usted con ella.

EDUAR. Contestacion tan sangrienta,
que no comprende denota
que yo no adoro á esta bota
sino á lo que representa.
En el mundo verá usté
pies que no tengan calzado,
pero nunca habrá encontrado
bota que no tenga pie.
Lo mismo que es muy sencillo
en estos tiempos de apuro,
ver bolsillos sin un duro
mas no un duro sin bolsillo.
Por lo tanto bien se ve
no es tan grande mi derrota,
yo quiero el pie de esta bota.

AURORA. ¿Y á mí qué me cuenta usté?

EDUAR. Aquí á venir me propasa

este mi afecto sincero,
pues me ha dicho el zapatero
que ese pie está en esta casa.
Y al verla quedar á usté
conmigo en este salon,
dije: alienta, corazon.
esta es la dueña del pie.

AURORA. Pues le ha engañado el deseo,
yo tengo unos pies disformes,
piramidales, enormes...

EDUAR. Francamente, no lo creo.

AURORA. Pero aunque calzar pudiera
esa bota...

EDUAR. Sí podrá,
pruebe usted...

AURORA. Pero...

EDUAR. (Presentándola.) Aquí está.

AURORA. Es que todo en vano fuera.

EDUAR. ¡Cómo! ¿Por ventura usté
tiene tambien un marido?...
No importa. Estoy decidido.
¿Dónde está? Yo le veré...

AURORA. No es eso, no soy casada,
soy viuda.

EDUAR. Mucho mejor,
con eso en lides de amor
estará usté amaestrada.

AURORA. ¡Dios mio! ¡qué terquedad!

EDUAR. Yo soy lo mas testarudo...
Si viera usted!...

AURORA. No lo dudo,
y eso bastara en verdad
para rechazar su amor,
pues soy muy terca tambien...

EDUAR. Así tendremos belen
todos los dias... Mejor.

AURORA. Permítame usted reir.

EDUAR. Se ve en todos los enlaces,
se riñe, se hacen las paces,
luego se vuelve á reñir,
la calma es mas apreciada
si tras la tormenta viene;

y de este modo se tiene
una existencia variada.

AURORA. Veo que es usté capaz...

EDUAR. Es lo que pasa en la tierra...
Si no hubiera nunca guerra
¿quién amaria la paz?

AURORA. Esa defensa es magnífica,
la guerra tiene en usté
un campeon... Pero...

EDUAR. Qué?

AURORA. Nada, que soy muy pacífica.

EDUAR. Lo siento.

AURORA. Yo tambien, y...
sentiré que usté se ofenda,
pero es fuerza que comprenda...

EDUAR. ¿Qué ya estoy demas aquí?

AURORA. ¡Oh! no tanto!...

EDUAR. (Ademan de salir.) Vaya, abur...
Á los pies de... (Volviendo á la escena.)
Mas, por Dios...
¿no hay medio de que los dos
ganemos en este albur?
Usté desde que aquí entré
me produjo una impresion,
y un... toque usté al corazon,
latiendo está por usté.
Mi pasion no satisfecha
hace mayor mi derrota,
pruébese usted esta bota
y aunque le venga á usté estrecha,
porque es ya tanto en rigor
mi cariñoso interés,
que aunque tenga usté los pies
mas grandes que un aguador,
mi amor ya pica en historia,
y si ambos cuerdos andamos,
me quiere usted, nos casamos,
y aquí paz y despues gloria.

AURORA. Para que al cabo de un mes
vuelva á recobrar su empeño,
y en hallando un pie pequeño
pierda usted entrambos pies.

No, amigo.

EDUAR. Si usté me gusta.

AURORA. Es posible, y lo agradezco.

EDUAR. Sí, pero ¿no la merezco
nada mas? Sea usté justa,
y franca... Yo no soy feo,
tengo ademas cierta audacia
que á usté le está haciendo gracia.

AURORA. ¿Á mí?

EDUAR. Bien claro lo veo.
¡La que se me escapa á mí!...

AURORA. (¡Vaya un hombre!)

EDUAR. Conque... escucho...
¿me ama usted?...

AURORA. (Si insiste mucho
le voy á decir que sí.)

EDUAR. Comprenda usté mi interés.

AURORA. Á oirle mas no me allano.

EDUAR. Pero...

AURORA. Beso á usté la mano.
(Váse por la derecha.)

EDUAR. Abur. Beso á usté los pies.

ESCENA V.

EDUARDO solo.

Maldito sea el momento
en que á esta casa llegué,
maldita sea la bota,
y maldita esa mujer,
y maldito mi caracter,
maldita mi estupidez,
y maldito el zapatero
una y mil veces, amen.
Y el caso es qne yo la adoro,
sí, yo adoro á esa mujer,
y que la bota es bonita,
y que no hay bota sin pie.
Muy bonita, sí señor,
y si le viniera bien
á esa viuda, si ella fuera

la dueña de este pinrel...
Y aunque lo fuera ¿qué haria
si se empeña en no ceder?
Permita Dios que le salgan
cuatro ó seis callos por pie,
y tenga que usar zapatos
de pañete ó de rusel
per secula seculorum.
He dicho. Me desahogé.

ESCENA VI.

DICHO, ROSA.

ROSA. (¿Aun está aquí este señor?)
EDUAR. (¡La criada!) Ven acá. (Guarda la bota.)
ROSA. Mande usté.
EDUAR. (Quizá esta sepa
quién es la rara beldad
que posee un piececito
de encerrarse aquí capaz.)
¿Eres de Madrid, muchacha?
ROSA. No señor, soy de Alcalá.
EDUAR. ¡Buen pueblo!
ROSA. Si... pueblo... pueblo!...
mejor dirá usted ciudad.
EDUAR. Tienes razon... ¿Sabes, chica,
que eres... (no acierto á empezar.)
que eres... en fin lo que seas,
que eso tú te lo sabrás.
ROSA. La doncella de la casa.
EDUAR. ¿Conque de la casa?... Ya.
De modo que tú, está claro,
cuanto aquí pase sabrás.
ROSA. Sí señor, y si usté quiere
que le cuente, soy capaz
de enterarle en un momento
de todo lo que aquí hay,
y ademas de lo que pasa
en toda la vecindad,
pues yo por hablar reviento.

EDUAR. Simpatizamos.
ROSA. Simpa...
¿cómo ha dicho usté?
EDUAR. Adelante.
ROSA. ¿Cómo adelante?
EDUAR. Es verdad,
yo debo irte preguntando
lo que quiero averiguar,
y si me contestas bien
te prometo...
ROSA. Bien está.
EDUAR. (¿Cómo empiezo?) ¿Tú conoces
al zapatero Almazan,
que á pesar de su apellido
quiere por francés pasar?
ROSA. ¿Pues no le he de conocer?
Si vive en la vecindad
desde hace mas de dos años.
EDUAR. El mismo: ¿es tu novio acaso?
ROSA. Yo no tengo novio ya.
EDUAR. Bien.
ROSA. Tuve un memorialista,
liberal, muy liberal,
pero volvió la casaca...
EDUAR. Bien, se reselló. Y ¿qué mas?
ROSA. Que lo hicieron diputado,
y en cuanto logró jurar,
á mí me dejó plantada.
EDUAR. ¡Miren el tuno!
ROSA. ¡Un truhan!
EDUAR. Mas, volviendo al zapatero.
¿Le conoces?
ROSA. Claro está.
EDUAR. Y ¿le conocen tus amas?
ROSA. Sí señor...
EDUAR. ¿Y no sabrás
si alguna de ella le tiene
mandado hacer algun par
de botitas?
ROSA. No lo sé.
Yo estuve dias atrás
y le mandé que me hiciera

un par.
EDUAR. ¿Para tí?
ROSA. Cabal.
EDUAR. Tú te chanceas, muchacha.
ROSA. ¿Por qué me he de chancear?
EDUAR. (Fuera pesada la broma.)
Vamos, dime la verdad,
¿conque tú tienes un pie?...
ROSA. Tengo dos.
EDUAR. Es natural.
Pero... ¿son dos pies pequeños?
ROSA. Sí señor.
EDUAR. ¿Será verdad?
Á ver, levanta un poquito
esa falda.
ROSA. Quite allá.
EDUAR. Yo quiero verlos, lo pido
con mucha necesidad.
ROSA. Pues yo no quiero enseñarlos,
que es pecado.
EDUAR. Venial.
Vamos, por Dios te lo pido.
ROSA. No.
EDUAR. Sí. (Procurando verle los pies.)
ROSA. Que voy á gritar.
EDUAR. Por Dios, no me comprometas.
ROSA. Si usté se empeña.
EDUAR. No mas.
Á ver pruébate esta bota. (La saca.)
ROSA. (Tomándola.)
¿Esta?... Buena me estará!...
Es para mí muy pequeña.
EDUAR. ¿Cierto? Te voy á abrazar (La abraza.)
ROSA. ¡Señorito!
EDUAR. Calla... ha sido
un abrazo fraternal.
¿Conque no es tuya la bota?
ROSA. No. (Devolviéndola á Eduardo.)
EDUAR. ¿Sabes de quién será?
ROSA. ¿Cómo quiere usté que yo
lo vaya así á adivinar?
EDUAR. Pues en esta habitacion,

segun me ha dicho Almazan,
está la dueña del pie
que esta bota ha de calzar.

ROSA. Alguna de mis señoras.

EDUAR. Alguna, sí: pero ¿cuál?
No han consentido en decirlo
á despecho de mi afan.

ROSA. Hay mas que ir al zapatero,
decirle que traiga el par,
y aparecerá la dueña
á la mayor brevedad.

EDUAR. Muchacha, tú me iluminas,
tienes talento, y no hay mas,
harias en el Congreso
mejor papel que el truhan
de tu novio.

ROSA. ¿Quién lo duda?
¡Para el papel que él hará!...

EDUAR. Con decir que *si*, ó que *no*,
ya no necesita mas.
Pero aquí lo mas urgente
es poner por obra el plan
que has concebido...

ROSA. Al momento.

EDUAR. ¿Tú me quieres ayudar?

ROSA. ¿Yo?

EDUR. Te daré cinco duros
y un chal de Manila, ¿estás?

ROSA. Sí señor.

EDUAR. Conque ¿acomoda?

ROSA. Sí señor. (Ya tengo chal.)

EDUAR. Pues toma esa bota y toma
dinero para pagar (Le da dinero.)
al maestro; baja pronto,
que me canso de esperar.

ROSA. Pero ¿usté se queda aquí?

EDUAR. Sí.

ROSA. Mas las amas saldrán...

EDUAR. Detrás de esa colgadura
me ocultaré...

ROSA. Bien está...
pero si luego regañan...

EDUAR. Si regañan, ademas
del chal, te compro un vestido.
ROSA. Dios las haga regañar.
Abur: al momento vuelvo. (Váse foro.)
EDUAR. Adios!... Morir ó triunfar.
(Se oculta detrás de la colgadura de la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

AURORA, ADELA, BLANCA.

BLANCA. ¿Sabes lo que pienso, Aurora?
AURORA. Si no lo dices, hermana.
BLANCA. Que á tí ese señor de Acuña
parece que te ha hecho gracia.
ADELA. Lo mismo creo.
AURORA. Os diré,
es un hombre que se aparta
de vulgo, tiene talento,
y á pesar de que su audacia
es grande, su educacion
es, se conoce, esmerada.
ADELA. ¡Ay! Pues si vuelve otra vez
de fijo, Aurora, te casas.
AURORA. No tanto, mas te confieso
que si en casarme pensara,
y él insistiera en quererme,
¿quién sabe? Su extravagancia
me gusta, y como quedé
tan cansadas, tan cansada
de la gravedad estólida
del difunto que Dios haya,
para volver á casarme
prefiriera un tarambana
á un señor grave y sesudo
que no hablara una palabra.
BLANCA. Pues si tu segundo esposo
quieres hablador, hermana,
ninguno al señor de Acuña
puede disputar la palma.
ADELA. Habla mas que un sacamuelas.

AURORA. Cierto, pero tiene gracia.
(Se oye una campanilla.)
BLANCA. ¿Llaman?
ADELA. ¿Si será otra vez?...
AURORA. (Casi, casi me alegrara.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS, ROSA, á poco EDUARDO.

ROSA. (Entrando con un par de botas en la mano.)
El zapatero de enfrente
este par de botas manda.
AURORA. ¡Las mias!... Vengan. (Las toma.)
EDUAR. (Saliendo.) ¡Señora!
¡He vencido!
BLANCA. (¡Santa Bárbara!)
AURORA. ¿Usté aquí, señor de Acuña?
EDUAR. El mismo que viste y calza.
Ya no valen evasivas,
he oido que usté me ama
ó al menos le falta poco,
lo poco pronto se anda;
yo por mi parte la adoro
á usté con toda mi alma,
la bota es de usté, su mano
debe ser mia, no marra.
AURORA. Mas yo apenas le conozco.
EDUAR. Tiene usté razon sobrada.
Nos trataremos un mes
antes de marchar al ara.
En ese tiempo usté puede
tomar de quien mas le plazca
informes de mi persona,
costumbres y circunstancias,
y tenga usté por seguro
que todos los que me tratan
la han de decir que ha encontrado,
no un hombre, sino una alhaja.
AURORA. Si eso es así...
ROSA. Señorito!...
EDUAR. No te he olvidado muchacha.

Tendrás manton de Manila
y un vestido, y santas pascuas.

BLANCA ¿Conque todo está acacado?

EDUAR. No todo: que ahora nos falta
imitar de los antiguos
aquella buena crianza
de decir constantemente
al fin de un sainete ó drama...

TODOS. Aquí acabó la comedia,
perdonad sus muchas faltas.
(Cae el telon.)

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, con las supresiones hechas.

Madrid 6 *de Octubre de* 1866.

El censor de Teatros.
NARCISO S. SERRA.

Quedan hechas las supresiones que previene la censura.

EL AUTOR.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

EN UN ACTO.

Pobre importuno.
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia mas.
No mateis al alcalde.
¡El rey ha muerto! ¡viva el rey!
¡Me conviene esta mujer!
Don Ramon.
El sombrero de mi mujer (1).
Un pollo y un oficial.
Por una bota.
El laurel y la oliva.
El sastre del campillo.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La piebra de toque.
Un dia en el gran mundo.
Marco Spada.
La mejor joya el honor.
Los pobres de levita.
La primera falta.
Diez años despues.
El estudiante de Salamanca (1).

---

(1) Zarzuela con música de D. Salvador Ruiz.

3 0112 117454964

VENTA EN MADRID.

LIBRERIA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA, CARRETAS, 9.

SRES. MOYA Y PLAZA, CARRETAS, 8.

DON ALFONSO DURAN, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, 2.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.